

1

EL MÉDICO

GARRETT

Si una clínica privada es elegida la número uno del estado y una de las cinco mejores del país por enésimo año consecutivo, el premio debería ser la erradicación total de mañanas como la de hoy. Esta ha sido la tercera vez esta semana que me he encontrado cara a cara con una paciente con la que estaba perdiendo el tiempo. Cara a cara con una paciente que quería que yo personalmente examinara su coño.

—Por enésima vez, señora Aberdeen... —Hice clic con el bolígrafo—. No le pasa absolutamente nada. Sus análisis de orina y sangre son sanísimos, y está desperdiciando tanto su tiempo como el mío. Tengo pacientes esperándome para tratar temas realmente serios.

—Lo sé, y yo soy una de ellos. —Sonrió y, con un gesto juguetón, tiró del dobladillo de su vestido de seda por encima de sus muslos—. Siento que me está ocurriendo algo extraño ahí abajo...

—¿Ahí abajo? Estoy seguro de que es capaz de decir «vagina», si se refiere a eso.

—Vale. Me está pasando algo en... la vagina. —Se mordió el labio y sonrió de nuevo.

«Hoy no estoy de humor para estas mierdas».

Dejé su expediente a un lado y comencé a escribir una anotación:

«A la paciente no le pasa nada malo».

Era la cuarta citología que le hacía en cuatro meses, la definición misma de la palabra «innecesario».

—Como ya le he dicho, señora Aberdeen —dije, negando con la cabeza—, no solo debería irse a casa: es necesario que lo haga.

—No estoy convencida. —Se cruzó de brazos—. ¿No puede comprobarlo otra vez?

—No.

—¿No? No puede decirme «no».

—¿Prefiere que le diga «no follaremos»? No me mire boquiabierta, señora Aberdeen. No es no.

—¿No ha hecho el juramento hipocrático? —Movi6 un dedo delante de mi cara—. ¿No hay algo en 6l referente a tratar a las personas con amabilidad y simpatía? Estoy segura de que eso significa que tiene que preocuparse de sus pacientes, es decir, de mí, y que debe creerles cuando le dicen que les duele algo.

—En primer lugar, usted es no mi paciente, y esta no es mi especialidad. En segundo lugar, sabe muy bien que su médica de cabecera, la doctora Laurel, siempre está fuera los jueves, así que ni siquiera debería haber venido hoy.

—También sé que ha realizado más citologías antes en ausencia de la doctora Laurel. He tratado de reservar una cita con usted en su especialidad, pero la recepcionista siempre me dice que no hay hueco. De todos modos... —Entrecerró los ojos mirándome—. Me gustaría que pusiera educadamente la cabeza entre mis piernas y me examinara la vagina, doctor Ashton. Hágalo ahora, o le dejaré una reseña negativa de dos estrellas.

—¿Por qué no dejar una crítica de una estrella?

—No estoy bromeando. Mi hija trabaja en la sección de local de *The New York Times*, y haré una crítica feroz tanto a usted como a la clínica; les llevará años recuperar la reputación que tienen.

Puse los ojos en blanco y cogí un par de guantes.

—Súbase a la camilla, por favor.

Sonrió y se acomodó en la camilla, echándose hacia atrás, como si eso fuera lo más maravilloso de su vida. Llamé a una enfermera y esperé a que entrara en la habitación: quería asegurarme de que hubiera alguien presente como testigo de la consulta.

La enfermera se sonrojó mientras ponía lo necesario en el carrito y me lo acercaba. Cuando me di cuenta de que literalmente iba a ponerse roja y a reírse por lo bajo cada vez que murmurara una palabra, acepté que no era mi día.

—Ponga los pies en los estribos y separe las piernas, señora Aberdeen.

—Con mucho gusto. —Siguió mis instrucciones, abriendo los muslos mucho más de lo necesario.

Me senté en el taburete y tomé posición entre sus piernas; encendí la luz para examinarla y cogí el espéculo. Iba a asegurarme de que fuera el examen más rápido y eficiente de la historia. Había hecho demasiados en los últimos meses, y estaba seguro de que podía llevarlo a cabo con los ojos cerrados.

Suspirando, le raspé el cuello del útero en busca de las células necesarias para la prueba, y aunque percibí una pequeña irregularidad, sabía que no era suficiente para justificar un nuevo examen.

—Todo está bien, señora Aberdeen —concluí, quitándome los guantes y tirándolos a la basura—. Ya puede incorporarse.

—¿Qué? ¿Eso es todo? —No se movió—. Todavía no me ha reconocido la pelvis. ¿Y qué hay de los senos? ¿No se supone que debe tocármelos en busca de bultos?

«Dios...»

—La doctora Laurel le ha examinado los senos hace cinco semanas, así que estoy muy seguro de que los resultados permanecen inalterados. Pero, si lo desea, puedo pedirle a la enfermera Johnson que se quede en la habitación con usted y que le haga una palpación. Incluso le pediré que no se la cobre: lo tramitaremos como consulta *pro bono*.

—Doctor Ashton, haré lo que considere necesario... —La enfermera Johnson se sonrojó y soltó una risita tonta.

—Creo que paso. —La señora Aberdeen se sentó y se cruzó de brazos.

—Ya me imaginaba. —Cogí el expediente y escribí algunas notas—. Como le he dicho antes de comenzar, no hay nada alarmante «ahí abajo», aunque me da la impresión de que podría estar desarrollando una infección menor por hongos.

—Ya le he dicho que era algo serio. Incluso suena grave, tan grave que apuesto algo a que no hay una cura para ello.

—En el Wal-Mart venden cura para todo —dije—. La mayoría de las mujeres pueden diagnosticarse una infección de esa clase por sí mismas.

—Bueno, pues yo prefiero un trato más personal. —Se echó hacia adelante y me puso la mano en el hombro—. ¿Está seguro de que no quiere usar esos largos dedos para profundizar un poco y asegurarse de no tengo nada malo más dentro?

Inmediatamente me puse de pie y arranqué la hoja de recetas de mi libreta.

—La infección debería quedar resuelta en las cuarenta y ocho próximas horas si empieza hoy el tratamiento y sigue las instrucciones.

—¿Y en el caso de que no siga bien las instrucciones? ¿No puede hacerme el seguimiento?

Le lancé una mirada inexpresiva.

—Que tenga un buen día, señora Aberdeen. Gracias por su ayuda, enfermera Johnson. —Salí de la consulta antes de que alguna de ellas pudiera añadir una palabra más y me dirigí directamente al escritorio de mi ayudante, Emily.

—¿Puedo ayudarle en algo, doctor Ashton? —Me miró mientras me acercaba.

—Sí. Juraría que te di indicaciones muy claras: ¿no acordamos que no quería que me enviaras a los pacientes sin cita previa de la doctora Laurel cuando esta tuviera días libres, y que, si lo hacías, tenía que ser como último recurso?

—Usted ha sido el ultimísimo recurso. Todos los demás tenían una cita a las ocho.

«Genial...».

—¿Hay alguna variación más en mi agenda?

—Muchas. —Cogió una caja y me la entregó—. El premio por ser la clínica privada número uno en el estado llegó por correo ayer por la noche. La cita de las diez ha sido reprogramada para las cuatro, la de la una quiere cambiar la sesión en persona

por una llamada telefónica, y he rellenado todos los jarrones de su despacho con un nuevo suministro de regalices.

—Gracias, Emily. ¿Eso es todo?

—En realidad, hay una última cosa. La doctora Ryan ha regresado de Hawái y está en su consulta esperándole. Dice que es importante.

—Estoy seguro de que no lo es. —Llevé la caja por el pasillo hasta mi despacho.

Efectivamente, la doctora Ryan, también conocida como doctora Nunca-estoy-aquí, estaba sentada en el sofá para los pacientes, hablando por teléfono. De hecho, me sorprendió verla ahí tan temprano, ya que recientemente se había convertido en una celebridad. Era el tercer miembro de mi personal que se había perdido en el mundo de la «medicina de la televisión». Cada vez que me daba la vuelta, estaba firmando un nuevo contrato para escribir libros, aparecer en un programa de televisión u organizar una costosa conferencia. Todo salvo practicar medicina.

—Doctor Ashton, no parece contento de verme hoy... —Puso fin a la llamada telefónica mientras yo tomaba asiento tras mi escritorio—. ¿Qué he hecho ahora?

—Nada. Literalmente.

Se rio.

—¿Sabes?, en serio, no tengo ni idea de por qué le gustas tanto a mi marido.

—¿Has venido a mi despacho para hablar sobre tu vida personal? Tendré que cobrarte por ello.

—No, por favor. —Sacó un grueso documento del bolso y lo deslizó hacia mí por encima de la mesa—. Es necesario que firmes la declaración conjunta del nuevo programa especial para residentes. Eres el único médico de la clínica que no lo ha firmado.

—¿Programa para residentes? Juraría que ya tenemos tres y que acordamos contratar a un nuevo médico.

—Los residentes son médicos.

—Son médicos que necesitan niñera. —Pasé las páginas—. He aceptado utilizar los nuevos fondos para un médico con licencia y útil para la clínica. No pienso firmar eso.

—Todos los demás han estado de acuerdo, y ya hemos seleccionado a una candidata con mucho talento, así que no voy a discutir contigo. Y si no recuerdo mal, han sido doce votos positivos con solo uno en contra, el tuyo, por lo que técnicamente no has estado de acuerdo y tienes que ceder ante el resto de nosotros.

Suspiré y garabateé mi firma en la primera y en la última página del documento.

—Y para que lo sepas —añadió—: las enfermeras murmuran mucho más sobre ti últimamente. Lo estás volviendo a hacer.

Arqueeé una ceja, esperando una explicación.

—Estar en guardia, enfadarte más rápido de lo normal y, bueno..., sencillamente ser una versión mejorada de ti mismo, supongo. —Sonrió—. Sé que esta clínica es el legado de tu familia, pero, en serio, hay vida más allá de estas paredes.

—No, lo que necesito es que los médicos que están dentro de estas paredes se presenten y ejerzan sus putos trabajos.

—¿Ves? ¿Ves lo irritable que puede resultarme tratar de ser amable contigo?

—Sal de mi despacho, Ryan.

—Ya me voy. —Cogió el documento y se puso de pie—. Por cierto, ¿qué le ha pasado a esa preciosa y tierna mujer que te presenté hace unas semanas?

—No ha funcionado.

—¿No ha funcionado o no has permitido que funcionara?

—Un poco de cada cosa. —La mujer en cuestión había sido su amiga en la infancia, y, de hecho, era preciosa y tierna, pero en el momento en que comenzó a balbucir que quería casarse y tener al menos cuatro hijos, cuando solo llevábamos una hora juntos, perdí con rapidez cualquier interés en ella.

—Bueno, hazme un favor —dijo la doctora Ryan, mientras iba hacia la puerta—. Prueba con las citas *online* o busca un pasatiempo para esos días que raramente tienes libres. No repetiré esto ni admitiré haberlo dicho, pero... eres demasiado guapo para pasar el resto de tu vida solo.

—Muchas gracias, doctora Ryan. ¿Tengo que pagarte por ese psicoanálisis que no te he pedido o tus malos consejos son gratuitos?

Me mostró el dedo corazón y, cerrando la puerta impetuosamente a su espalda, salió de mi despacho.

Sin que ella ni mi equipo lo supieran, tenía un pasatiempo secreto: el sexo. Lo que ocurría era que no había tenido tiempo de disfrutarlo durante los seis últimos meses debido a una sobrecarga de trabajo..., gracias a ellos. Y sin duda era un gran admirador de las citas *online*... hasta que conocí a muchas mujeres seguidas que andaban buscando relaciones permanentes. Ahora me limitaba a navegar por los escasos sitios donde mantenía cuentas y seguía charlando con la especie de amiga que había hecho: JerseyGirl7.

La había conocido en NewYorkMinute.com, el sitio más exclusivo y privado para los profesionales de élite de la ciudad. Un sitio que se había forjado alrededor de la idea de que la primera cita debía programarse después de tres conversaciones. Ningún perfil tenía nombre ni imagen, solo una serie de párrafos reveladores y el porcentaje de «capacidad de emparejamiento» basado en las preguntas que se habían respondido.

Por alguna razón, JerseyGirl7 era cien por cien compatible conmigo, pero nunca había deseado conocerla en persona, porque no confiaba en los resultados. Por un lado, pensaba que ella tenía que haber respondido de coña para que le saliera una buena compatibilidad sexual conmigo, y, por otro, no tenía la energía ni el tiempo necesarios para sufrir otra posible decepción. No solo eso, sino que realmente disfrutaba teniéndola como medio amiga, incluso aunque tuviera un sentido del humor demasiado inteligente y cierta tendencia a revelar demasiado sobre sus fantasías más profundas y guarras.

Con ella en mente, abrí sesión en NewYorkMinute.com y vi un mensaje suyo de hacía un par de horas.

ASUNTO: Tengo una cita este fin de semana y necesito tu consejo...

Creo que este viernes es el día en que ¡por fin! tendré sexo después de tantos meses de sequía.

Respóndeme al correo cuando tengas oportunidad o cuando termines con tus mal llamados pacientes. Sabes que no tienes

que seguir mintiendo sobre que eres médico, ¿verdad? Nunca nos vamos a ver en persona, así que ¿por qué sigues pretendiendo constantemente ser algo que no eres? Solo dime lo que haces para vivir, y yo también te diré lo que hago. :-)

P. D.: Tenías razón sobre mi última cita. No terminó bien; él era un imbécil, como predijiste, pero ya eres lo suficientemente arrogante y no voy a hacer crecer tu ego ni un poco más.

JerseyGirl7

Volví a leer la última línea de su correo electrónico varias veces más y sonreí antes de cerrar la aplicación.

«Ya le responderé cuando salga...».

2

EL MÉDICO

GARRETT

Cuando salí del trabajo, eran ya las nueve de la noche y mi tolerancia por la incompetencia había alcanzado un nuevo mínimo. Había tenido que echar la bronca a los internos en mi departamento por mostrarse descuidados en los informes de los pacientes, aguantar una sesión de dos horas con una pareja que estaría mejor divorciada y obligarme a terminar de leer un informe de cuarenta páginas sobre una nueva técnica de terapia.

En algún lugar en medio de todo ese estrés, se había agotado mi suministro de regalices, y lo último que quería hacer esa noche era reunirme con el personal para celebrar el enésimo nombramiento como la «Mejor clínica de Nueva York». Pero, una vez más, me encontré sacando brillo al trofeo en la sala de estar, y dejándolo en el estante, al lado de los premios de los años anteriores. Los miré allí juntos durante un buen rato, sabiendo que mi padre estaba en algún lugar diciendo: «Te lo dije, hijo».

Encendí las luces, fui a la cocina y me serví un vaso de *bourbon*, que me bebí de un trago con rapidez antes de servirme otro. Luego cogí el móvil e inicié sesión en la aplicación NewYorkMinute.com para ver que JerseyGirl7 me había enviado el segundo mensaje del día.

ASUNTO: *Un consejo*

Tus «pacientes» deben de estar volviéndote realmente loco hoy, ya que estás demasiado ocupado para responder (aunque sé que eso de que eres médico es mentira).

Por tanto, te formularé unas preguntas muy concisas:

1) El chico y yo acabamos de intercambiar fotos; es muy sexy y parece estar deliciosamente cachondo. Esto no tiene absolutamente nada que ver con este correo electrónico. Solo quería restregarte ese hecho por la cara.

2) ¿Crees que debería ponerme un vestido con medias o un top muy revelador con vaqueros ceñidos? Como hombre, ¿cuál es la mejor manera de insinuarle que estoy interesada en acostarme con él después de la cita?

3) Me ha dicho que estaba deseando chuparme «el conejo»; ¿qué significa eso?

4) En serio, necesito que esto funcione. A diferencia de ti, prefiero no pasarme otro mes consolándome solo con mis fantasías y mi mano...

P. D.: Si alguna vez nos vemos y quiero hacerte un regalito por todos los consejos que me has dado durante estos meses, ¿qué te parece más apropiado? ¿Un kit médico de juguete o una colección de las mejores pelis porno?

JerseyGirl7

Sonreí y escribí una respuesta al instante.

ASUNTO: Re: Un consejo

Sí, los «pacientes» me han vuelto loco hoy, pero no tanto como el personal. (Y no tengo ninguna razón para mentirte sobre mi ocupación). Muchas gracias por ir al grano con esas tristes y patéticas preguntas de esta semana.

1) Como estoy lejos de ser gay, no sé por qué me puede importar una mierda si el chico con el que estás a punto de quedar es «sexy» o «está deliciosamente cachondo».

2) Ponte un vestido. Sin medias.

3) Significa que no tiene idea de cómo comerte el coño.

4) Te he dicho ya que es muy peligroso que te hagas ideas tontas en referencia a mi vida sexual...

P. D.: Una bolsa a granel de regalices sería lo mejor, pero preferiría ver tus labios alrededor de mi polla.

D-Doctor

Me respondió al instante.

ASUNTO: Re: Re: Un consejo

*Te aseguro que sabe cómo comerme el coño. Deberías leer todos los mensajes guarros que me ha enviado. Estoy segura de que son mucho más guarros que nada que me hayan enviado antes.
JerseyGirl7*

ASUNTO: Re: Re: Re: Un consejo

*Lo dudo mucho...
D-Doctor*

Revisé el hilo interminable de mensajes, hasta el momento en que comenzaron, y me di cuenta de que esa mujer tenía, sin duda, una obsesión por hablar sobre el sexo. Lo cual era bastante irónico, porque desde el momento en que nos habíamos «conocido», no había disfrutado del sexo. Todas sus citas habían terminado siendo un desastre, ya fuera por una razón u otra, y había aprendido más sobre el uso de su vibrador personal de lo que quería saber.

«Creo que vamos a tener que resolverlo fuera de internet...».

Antes de que ella pudiera responder a mi último mensaje, le envié otro.

ASUNTO: Tu cita

*Puedo garantizarte que será otra decepción. Personalmente, creo que deberías cancelarla para que no pierdas el tiempo.
D-Doctor*

ASUNTO: Re: Tu cita

Y puedo garantizar que no será así. Tenemos un ochenta por ciento de compatibilidad. ¡Un ochenta por ciento! Y no es solo eso... Te adjunto capturas de pantalla de algunos de sus mensajes más recientes.

*Lee y aprende a decir guarradas, Doctor. Lee y aprende...
JerseyGirl7*

Logré leer solo un mensaje, «Voy a lamerte y sorberte tu coño mojado hasta dejarlo seco, y me muero por que veas mi polla. Es del tamaño de una salchicha...», antes de poner los ojos en blanco.

ASUNTO: Re: Re: Tu cita

¿Quieres apostar algo?

P. D.: Ningún hombre debería comparar su polla con una salchicha. Pueden hacerlo mejor... Mucho mejor.

D-Doctor

ASUNTO: Re: Re: Re: Tu cita

Por supuesto. ¿Qué obtendré cuando gane?

P. D.: Estás celoso de que tu polla no sea lo suficientemente grande como para que te lo digan...

JerseyGirl7

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: Tu cita

Querrás decir cuando pierdas... Y cuando eso suceda, quiero una llamada telefónica. Podemos negociar el tema si ganas, pero estoy bastante seguro de que no necesitaremos hacerlo.

P. D.: ¿Te gustaría que te enviara una foto? Dudo mucho que pueda caber en una sola imagen, así que tendré que enviarte dos...

D-Doctor

ASUNTO: Re: Re: Re: Re: Re: Tu cita

¿Una llamada telefónica? ¿Eso es todo lo que quieres?

Pediré lo mismo como «premio», así podré restregarte mi cita en las narices.

P. D.: Suena muy tentador..., pero acordamos no enviarnos fotos nunca. ¿Recuerdas?

JerseyGirl7

ASUNTO: Nada de fotos

Acordamos no enviarnos fotos, pero previamente convinimos que dejarías de contarme lo mucho que querías que alguien te hiciera inclinarte sobre una silla y te dejara sin aliento, y, sin embargo, fue el tema que tratamos anoche... Responde a la pregunta. ¿Es un sí o un no para enviarte las fotos? Creo que mi polla encajaría perfectamente dentro de esa boca tan de listilla tuya...

D-Doctor

«JerseyGirl7 se ha desconectado...».